

Confío en que esta oportunidad servirá para extender y afianzar más todavía los lazos fraternales que ligan al país que represento con el que dignamente gobernáis.

NÚMERO 34.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Jonkheer J. Loudon, Enviado Especial de Holanda, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 11 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Tengo la honra de presentar á Vuestra Excelencia las cartas por las cuales Su Majestad la Reina, mi Augusta Soberana, respondiendo á vuestra invitación, me acreditan cerca del Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos para representarla en Misión Extraordinaria con ocasión del Centenario de la Independencia Mexicana.

Su Majestad me ha encargado de transmitirlos en este suceso sus más calurosas felicitaciones. La fiesta del Centenario de la Independencia es tanto más significativa cuanto que tiene lugar bajo la presidencia de Vuestra Excelencia. Porque ante los ojos del mundo entero, sois vos, señor Presidente, más que ningún otro, quien personifica la grande obra civilizadora que tan brillantemente ha completado, en el último cuarto de siglo, el éxito de la lucha emprendida, hace cien años, por la libertad de México.

El Centenario que festejáis en este día, evoca en mi país el recuerdo no menos glorioso de la lucha que le valió su Independencia hace tres siglos, bajo los auspicios de la dinastía que, todavía hoy, preside los destinos de la Nación.

Asimismo, con particular satisfacción, me hallo encargado de la alta misión de interpretar cerca de Vuestra Excelencia y del país de la que es, desde hace largos años, el venerado Jefe, la viva simpatía y los más sinceros votos de Su Majestad la Reina Guillermina.

NÚMERO 35.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Federico Alfonso Pezet, Enviado Especial de Perú, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 11 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Correspondiendo á la bondadosa invitación del Gobierno de Vuestra Excelencia para que el Perú asistiera á la celebración del Primer Centenario de esta República hermana, Su Excelencia el Presidente del Perú me ha honrado con el encargo de Enviado Especial para transmitir á Vuestra Excelencia y al Gobierno y Pueblo Mexicanos, las cordiales felicitaciones y la expresión de simpatía de toda la Nación Peruana, en esta celebración del glorioso grito de Dolores.

El admirable avance alcanzado por la Nación Mexicana en este siglo de vida independiente, es en verdad asombroso; pero resulta natural si se considera que el Pueblo Mexicano, en la época del Imperio Azteca, en el Virreinato y en el período de Independencia, ha dado evidentes pruebas de poseer en alto grado las especiales virtudes de los pueblos viriles que saben cómo se prepara el porvenir y cómo se vencen las dificultades que han de surgir.

Los héroes cuyas muertes gloriosas tan gozosamente conmemora hoy la Nación Mexicana, tienen sus imitadores y han sido secundados por otros que continuarán su gran obra, habiendo legado á Vuestra Excelencia una parte principal de esta magnífica tarea, que ha hecho del México de hoy la honra y admiración de nuestra raza.

Perú se asocia á estas manifestaciones y expresa sus fervientes votos por la creciente prosperidad de la Nación Mexicana; y al poner en manos de Vuestra Excelencia las credenciales que me acreditan como Representante de mi Gobierno, debo decirlos que considero como uno de los más grandes honores de mi vida, el encargo de expresaros en esta feliz y memorable ocasión los votos más cordiales de Su Excelencia el Presidente del Perú y de la Nación Peruana, así como los míos propios, por la ventura personal de Vuestra Excelencia.

NÚMERO 36.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Leopoldo Pino, Enviado Especial de Ecuador, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 11 de septiembre de 1910.

Excelentísimo señor:

Mi Gobierno, al designarme Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Misión Especial ante el Gobierno de Vuestra Excelencia, me ha concedido un honor que por grande é inmerecido me tiene como abrumado en este solemnisimo momento.

Al tratarse del Primer Centenario de esta hermosa Nación, nada era más natural, Excelentísimo señor, que el que la sociedad internacional se mostrase de veras interesada y entusiasta por celebrar la magna fecha en la cual se inició la Independencia de esta gran República.

Ese interés, ese entusiasmo no son, no pueden ser, Excelentísimo señor, meras fórmulas de cortesía diplomática! Ellos manifiestan la voz de la Justicia en merecido elogio de una Nación que se ha puesto en elevado lugar, diremos en los primeros años de su existencia autónoma.

Las ciencias, la literatura, las artes, el comercio, la industria... todo, todo se encuentra en esta privilegiada Nación en tal estado de progreso, que bien puede ella estar satisfecha de ser una de las más adelantadas de la América Española.

Y el Ecuador, que se complace en reconocer, del modo más sincero, el distinguido lugar que ocupa dignamente vuestra República, no podía ser indiferente, Excelentísimo señor, en ocasión tan grata como solemne. De ahí que me encuentro ante Vuestra Excelencia con la misión especial de significaros que el Gobierno y Pueblo Ecuatorianos, unidos siempre por poderosos títulos al Gobierno y Pueblo de la Unión Mexicana, felicitan cordial y efusivamente el Primer Centenario de la digna, al par que progresista Patria de Hidalgo, de Juárez y de tantos varones ilustres que han sabido conducirla al apetecible campo de la gloria.

La República del Ecuador, mi patria, hace fervientes votos por la perenne felicidad de México, como yo los hago, Excelentísimo señor, porque el lustre de esta noble Nación, asegurado por la paz, sea siempre progresivo.

Y, para concluir, me permitiré expresaros, Excelentísimo señor, que así los votos de mi Patria, como los míos propios, son también por la felicidad del muy ilustrado Gobierno de México, no menos que por la ventura personal de Vuestra Excelencia.

Me es sumamente honroso, Excelentísimo señor, poner en vuestras manos la Carta Credencial enviada por mi Gobierno.

NÚMERO 37.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir las credenciales de los Excelentísimos señores Enviados Especiales de Cuba, Portugal, Bélgica, Bolivia, Holanda, Perú y Ecuador y de los señores Delegados Especiales de Suiza, Venezuela y Colombia, el 7 y el 11 de septiembre de 1910.

Señores Ministros:

Sólo por la brevedad del tiempo, que no me permitiría, como quisiera, dar individualmente á cada uno de vosotros mi cordial bienvenida en nombre del Pueblo y del Gobierno de México, lo hago en este único acto, con la esperanza de que vosotros lo excusaréis, bien convencidos de que los sentimientos que á mi Gobierno animan para con los que brillantemente representáis, son de los más sinceros y amistosos.

La conmemoración que nos congrega es de un carácter esencialmente fraternal, y bien está, cuando de hermanos se trata, que no se registren diferencias ni señalamientos; los que si nunca existieron, menos existirán ahora, en que México, al cabo de años, trabajos y esfuerzos, siéntese satisfecho de que las Naciones extranjeras con las que cultiva relaciones leales y honradas, se hayan servido aceptar su invitación para venir y festejar con nosotros la fecha trascendente de nuestra emancipación política.

Aquella satisfacción sube de punto, si se atiende, cual es fuerza que se atiende, á la calidad y merecimientos vuestros, que os hacen tan acreedores, aún despojándoos de vuestra alta investidura, á que en donde quiera seáis bien recibidos.

Por eso os reitero mi cordial bienvenida; os doy gracias muy expresivas por vuestra presencia aquí, con la que mucho se realzará el brillo de estos festejos nacionales, por los que tanto nos afanáramos, y os encarezco á uno por uno de vosotros seáis servidos de transmitir á vuestros Gobiernos respectivos el agradecimiento nuestro y la renovación que de sus mejores votos, en ocasiones varias ya expresados, formula México por la prosperidad y dicha de las Naciones que dignamente representáis y por la de sus Ilustres Jefes.

NÚMERO 38.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don André Stalewski, Enviado Especial de Rusia, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 25 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Su Majestad el Emperador de Rusia ha tenido á bien designarme en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, y me sien-

to altamente satisfecho de dar principio á mi misión con la entrega de una Carta de mi Augusto Soberano, en la cual Su Majestad expresa á Vuestra Excelencia, así como á toda la Nación Mexicana, sus vivas simpatías y sus felicitaciones con motivo del Centenario de la Independencia de México.

Formulo, al mismo tiempo, en nombre del Gobierno Imperial, los votos más sinceros por la prosperidad de Vuestra Excelencia y de la República Mexicana.

Podéis estar seguro, señor Presidente, que todos mis esfuerzos tenderán á mantener y estrechar más aún las relaciones invariablemente amistosas que existen entre nuestros Gobiernos, y me atrevo á esperar que Vuestra Excelencia tendrá á bien prestarme su alta cooperación para el desempeño de la misión que se me ha confiado.

Permitidme, señor Presidente, que os entregue las Cartas de retiro de mi predecesor y las que me acreditan cerca del Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

NÚMERO 39.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don C. C. Arosemena, Enviado Especial de Panamá, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 25 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Tengo el honor de poner en manos de Vuestra Excelencia la Carta Autógrafa del señor Doctor Carlos A. Mendoza, Encargado del Poder Ejecutivo de la República de Panamá, por medio de la cual se me hace la marcada distinción de acreditarme ante el Gobierno de los Estados Unidos de México, en Misión Especial.

El Gobierno de mi Patria estima en todo su valor la especial muestra de amistad que el Gobierno Mexicano le ha dispensado, invitándole á enviar representantes á los festejos conmemorativos del Centésimo Aniversario del Grito de Independencia de esta grande y progresista Nación y, por mi conducto y el de mis honorables compañeros, envía á Vuestra Excelencia y al Gobierno y Pueblo de México las seguridades de su vivo agradecimiento por tan cordial invitación.

La República de Panamá, siempre orgullosa del adelanto de los pueblos de la raza latina, con júbilo y admiración contempla el asombroso adelanto moral y material de su vecina amiga del Norte y se propone amoldar su vida política á ejemplo tan digno de imitación.

Dichosa la Nación que cuenta con hombres de la talla de Vuestra Excelencia, cuyo patriotismo y sabiduría han llevado á este Pueblo no sólo á la vanguardia de las Naciones progresistas, sino que ha obligado á las potencias del mundo á respetar el nombre de México, doquiera sea éste pronunciado.

Tengo recomendación especial del Doctor Carlos A. Mendoza para presentar á Vuestra Excelencia las sinceras expresiones de amistad y admiración que nuestro Primer Magistrado y el Pueblo Panameño abrigan por el Gobierno y Pueblo Mexicanos, así como también los fervientes votos que Panamá formula para la futura prosperidad de la Nación Mexicana y la ventura personal de su Ilustre Mandatario, expresiones que de todo corazón vengo, con mis compañeros de Misión, á comunicar á Vuestra Excelencia de viva voz.

NÚMERO 40.

Discurso pronunciado por el señor Capitán don Enrique G. Fliess, Enviado Especial de Argentina, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 25 de septiembre de 1910.

Excelentísimo señor Presidente:

Tengo el alto honor de entregar á Vuestra Excelencia la Carta Autógrafa del Excelentísimo señor Presidente de la República Argentina, por la cual me acredita en Misión Especial para la conmemoración del primer Centenario de la Independencia de los Estados Unidos Mexicanos.

Lamento no haber podido entregar con anterioridad la Credencial que me acredita como Representante de mi País; mas, por otra parte, me congratulo de ello, pues me proporciona la satisfacción inmensa de agradecer, de una manera especial, en nombre de mi Gobierno y en el mío propio, las delicadas y múltiples atenciones que, tanto de Vuestra Excelencia como de su ilustrado Gobierno y de la cultísima sociedad, hemos continuamente recibido; atenciones que dejarán profundas huellas en los corazones argentinos.

Los jefes y oficiales de la fragata argentina «Presidente Sarmiento» se sienten orgullosos de haber sido designados para asociarse á los festejos de la Nación Mexicana en su fausto Centenario, y esta elevada Misión será uno de los recuerdos más halagüeños que conservará el buque de mi mando, cuya tripulación, compuesta de jóvenes conscriptos, que rinden á la Patria el tributo de la sangre, se han sentido entusiasmados al rendir honores ante Vuestra Excelencia en el Gran Día de la Patria y presentar armas ante el monumento de la Independencia, exteriorizando así el sentimiento de amistad del Pueblo Argentino hacia los Estados Unidos Mexicanos.

Partimos, Excelentísimo señor, complacidos de vuestro triunfo, porque él encarna la sublime sanción de la gran causa americana y porque constituye una nueva victoria de los grandes pueblos latinos.

Al presentaros efusivamente las congratulaciones del Gobierno y del Pueblo Argentino, aceptad, Excelentísimo señor, las más personales, pues la honrosa misión que se me ha confiado, me ha brindado la ocasión de satisfacer una de mis más grandes aspiraciones: conocer al ilustre organizador de los Estados Unidos Mexicanos, por cuya gran República formulamos los más ardientes votos de grandeza nacional y de indefinido progreso.

NÚMERO 41.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Michael Lie, Enviado Especial de Noruega, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 25 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

En nombre de Su Majestad el Rey de Noruega, tengo la honra de presentar á Vuestra Excelencia las más sinceras felicitaciones con motivo del Centenario de la Independencia de México, y de ofrecerles asimismo los respetuosos homenajes y los mejores votos de mi Gobierno. Con la más profunda simpatía y admiración, Noruega sigue el gran desarrollo de este País con su historia tan antigua.

Permitidme, señor Presidente, expresaros mis más vivos agrade-

cimientos por la magnífica recepción que Vuestra Excelencia ha tenido á bien conceder al primer Ministro de Noruega en México.

Me siento muy complacido y satisfecho por haber tenido la honra de ser nombrado Ministro de Su Majestad el Rey de Noruega cerca de Vuestra Excelencia, y haré todo lo posible por mantener y estrechar las relaciones amistosas que felizmente existen entre Noruega y México.

Mi Soberano me ha dado, además, el encargo de presentar á Vuestra Excelencia la Gran Cruz de la Orden de San Olaf, con Collar, que es la orden más importante que existe en Noruega.

NÚMERO 42.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir las credenciales de los Excelentísimos señores Enviados Especiales de Rusia, Panamá, Argentina y Noruega, el 25 de septiembre de 1910.

Señores Ministros:

No por tardía es menos cordial la bienvenida que me complace daros, en nombre del Pueblo y del Gobierno de México, cuyo agradecimiento hacia los que tan dignamente representáis, será bien duradero, porque se sirvieron enviaros á conmemorar con nosotros un trascendente suceso patrio.

Ya habréis visto la sinceridad afectuosa con que os ha recibido México, hartamente convencido de que visitas de esta naturaleza, principalmente significan lo que México venía persiguiendo desde que, tranquilizado del todo en su interior, tuvo que preocuparse de que sus relaciones con todos los países de la tierra se asienten en un respeto mutuo y en una recíproca estima.

De vosotros, dos venís con el carácter de permanentes y dos con el de especiales: para unos y otros los mismos sentimientos nos animan.

Al señor Ministro Argentino, que es á la vez Comandante de la nave guerrera de aquella República hermana, reitero aquí mis agradecimientos por la expresiva muestra de amistad que se sirvieron darnos, haciendo que sus bizarros marinos, cadetes y oficiales tomaran activa y gratísima participación en nuestros festejos militares.

Al señor Ministro de Panamá le ruego lleve á su país los votos que formulo por su no interrumpida prosperidad á la sombra de la paz y del trabajo.

El señor Ministro de Rusia puede contar con que el Gobierno de la República, en los mejores términos con el del poderoso Imperio Moscovita, ha de procurar facilitarle, por todos los medios de su alcance, el desempeño de su alta misión.

Y por lo que hace á vos, señor Ministro de Noruega, que no sólo venís á inaugurar relaciones con nosotros en forma permanente, que mi Gobierno se apresurará á corresponder por modo idéntico, sino que os habéis servido traerme, por parte de vuestro Ilustre Soberano, el Gran Collar de la meritísima Orden de San Olaf, estad cierto de que no hallaréis tropiezo en el desempeño de vuestro cometido; y decid á vuestro Monarca que en cuanto el Congreso me otorgue su licencia, ostentaré con legítimo orgullo, en mi pecho de soldado, la condecoración con que se me distingue y se me honra, por mucho que comprenda que distinción tamaña es más para el Pueblo de México que para mí mismo.

Señores Ministros:

Os agradezco las frases que me habéis dirigido y deseo para los Pueblos, Gobiernos y Monarcas que representáis, así como para vuestras personas, una dicha completa.

NÚMERO 43.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Henri Layne Wilson, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Estados Unidos de América, en el acto de la colocación de la primera piedra del monumento á Jorge Washington, el 11 de septiembre de 1910.

Las acciones de los buenos y de los grandes no han quedado escritas en el agua, sino que brillan á través de los siglos, ennobleciendo los sacrificios humanos, fortaleciendo el brazo de los valerosos, añadiendo una nota más alta al himno del cantor y armonías más dulces al verso del poeta, encontrando por fin su expresión concreta y su forma tangible en lienzos iluminados y en bustos monumentales, ante los cuales las muchedumbres pueden detenerse por un momento á recoger las cenizas esparcidas de la urna de oro de la Historia. De esa manera, la vida, los hechos, los sacrificios, la sabiduría y el patriotismo de Washington, que hablarán desde los labios del monumento que se levantará en este sitio, pueden ser una inspiración y un emblema para la naciente generación de México, como lo son para los hijos del país del gran patriota.

En la historia de este hemisferio, y de sus diversos pueblos, ninguna otra figura se destaca de manera tan prominente como el representante genuino y como la sintetización de las instituciones á que se dedica —el patriota canonizado Jorge Washington—. Ningún otro carácter americano ha resistido como él, la prueba del tiempo. A medida que nos alejamos de la gran crisis en medio de la que desvainó su espada; de los trascendentales acontecimientos que fueron testigos de la consagración de su vida y de su fortuna á aquellos principios que, después de sufrir el embate de los siglos, brillan ahora refulgentes en casi todo el continente europeo y en este hemisferio, podemos concebir, hasta cierto punto, la grandeza moral y mental del hombre.

Su inmenso patriotismo, su espíritu de abnegación, su valor, su paciencia, su dignidad y su sabiduría, se hacen más patentes á medida que profundizamos más el maduro juicio de la Historia. En la obscura retrospectiva de los años, los caracteres de su heroica figura aparecen tan luminosos como si hubieran sido grabados en un camafeo. Como el silencioso monumento de la Esfinge, se yergue solitario, impresionante en su grandeza; pero, á diferencia de la Esfinge, hablando un lenguaje humano que llega al corazón de todas las naciones y de todos los pueblos.

No es exagerado decir que la Historia concede ahora á Washington el primer lugar entre los héroes nacionales del mundo; y el pueblo americano, como uno de los que se han consagrado á diseminar y propagar la idea del gobierno popular, debe, no sólo consagrar su gran memoria como una inspiración á su juventud y una ley que sirva de guía en la determinación de su política, sino que siempre debería, en ocasiones apropiadas, hacer uso de su ilustre nombre y figura, ya sea en lienzo ó en piedra, como el producto más grande de la Nación y el tipo más elevado del caballero y del patriota americano.

México tiene á su gran patriota Hidalgo, la Argentina á su San Martín, Chile á su O'Higgins, y Colombia, Venezuela y Ecuador, á Bolívar, todos soldados distinguidos y grandes patriotas; pero estas naciones tienen también, como parte de su herencia, el nombre y la fama de Washington; ningún canto de libertad puede elevarse en este hemisferio, ninguna voz de elocuencia puede levantarse en defensa de los derechos humanos, sin recurrir á la mágica influencia de esta gran personalidad. Washington es no sólo «el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos,» sino que su sereno valor, su inmenso patriotismo y su amplio espíritu, hacen desaparecer las diferencias de razas y de nacionalidades y hacen que se le considere como parte y propiedad de la América Latina, lo mismo que del mundo anglo-sajón.

Señor Presidente: En nombre de la Colonia Americana de México, tengo el alto honor de ofrecer al pueblo de este País, por conducto vuestro, su digno Presidente, cuya gran obra en la regeneración y pacificación de México ha merecido los aplausos del mundo, este testimonio de su respeto, estimación y afecto fraternal. Ruego á Vuestra Excelencia acepte el monumento que se levantará en este sitio, con la expresión del homenaje de agradecimiento y de profunda estimación de la Colonia Americana de México.

NÚMERO 44.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, en el acto de la colocación de la primera piedra del monumento á Jorge Washington, el 11 de septiembre de 1910.

Señor Embajador de los Estados Unidos:

Nada más natural, señores, que aquí nos hallemos congregados para fijar el sitio donde ha de colocarse la primera piedra de un monumento á Washington, si Washington colocó, por modo inmovible y eterno, la primera piedra de la libertad en todo un continente.

Washington fué, como son los genios, más espíritu que cuerpo, y aunque exclusivamente consagrara uno y otro á la creación de la nacionalidad suya, su alto espíritu ha de haberse sentido prisionero dentro de los ámbitos de la naciente Federación y, rompiendo los valladares de sus límites, abrió las alas poderosas é inmaculadas y tendió el vuelo sobre toda la América, que, asombrada, despertó de prolongado sueño para ponerse á balbucir primero, y á entonar después, con resolución varonil y heroica, el himno sublime de la libertad humana.

El monumento futuro que aquí ha de levantarse, sólo significa un modo plástico de exteriorizar la admiración alimentada de muchos años atrás en todos los cerebros mexicanos capaces de darse cuenta del alcance de la obra de Washington.

Y hoy, que celebramos el Centenario de nuestra Independencia, parece oportuno erigir ese monumento para que las generaciones que se levantan, conozcan en reproducción bronceada al hombre que adoró la libertad, que sirvió á la justicia y creyó y practicó el derecho.

El monumento es aceptado con estimación particular, y la importante Colonia Americana que con él nos obsequia, puede estar segura de que hemos de conservarlo con parecida devoción á la que empleamos para conservar los de nuestros héroes mexicanos.

Servíos, señor Embajador, decir á la laboriosa Colonia que encabezáis dignamente, que el Primer Magistrado de la República, en nombre de la Nación y del Gobierno que preside, justos apreciadores de todas las grandezas, acepta muy agradecido y se compromete á guardar devotamente el monumento en que ha de levantarse la figura colosal de Jorge Washington.

NÚMERO 45.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Paul Lefavre, Embajador Especial de Francia, en el acto de la colocación de la primera piedra del monumento á Luis Pasteur, el 11 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Tengo el honor de daros las gracias, á nombre de la Colonia Francesa, por haberos dignado asistir á esta ceremonia, prestándole una alta solemnidad. Vuestra presencia aquí, señor Presidente, es un testimonio más de la buena armonía que reina entre nuestros dos países, los cuales en lo sucesivo fraternizarán más, unidos por una veneración común hacia el sabio ilustre que ha legado á las industrias y á las ciencias, teorías fecundas, y cuyas numerosas aplicaciones hacen que cada día se aminore la miseria, se cure la enfermedad y se salve de la muerte.

Me congratulo también de que los más altos representantes de la Nación Mexicana asistan al homenaje que hoy se rinde á un glorioso genio que supo, á la vez, traspasar las fronteras del espacio y los límites del tiempo.

Y nosotros, queridos conciudadanos, recorremos con orgullo que somos de la misma raza de aquel cuya efigie, erigida debido á vuestra generosa iniciativa, en el suelo del país amigo, en donde tantos de vosotros habéis formado un hogar y alcanzado numerosos éxitos, servirá para inmortalizar en México la memoria del genio francés.

NÚMERO 46.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, en el acto de la colocación de la primera piedra del monumento á Luis Pasteur, el 11 de septiembre de 1910.

Señor Embajador:

Señores:

Yo no pude pensar que mi buena fortuna me reservara este día feliz, en que he tenido tanta honra como placer, concurriendo á la dedicación de dos monumentos, uno en honor del héroe excepcional que fundó la libertad, la justicia y el derecho, sembrando así la salud moral en el continente americano; y acto continuo, á la solemne de otro héroe no menos excepcional, que, consumiendo su vida en la ciencia, dió importantes garantías á la salud física, no sólo de su país, sino de la humanidad.

México acepta agradecido y conservará con orgullo y devoto celo este preciado obsequio que simboliza la bien correspondida simpatía de la industriosa Colonia Francesa.

NÚMERO 47.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Ezequiel A. Chávez, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, por encargo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en el acto de la colocación de la primera piedra del monumento á Luis Pasteur, el 11 de septiembre de 1910.

Con respeto profundo, con el sentimiento potente y hondo que embarga el alma cuando se tiene el honor insigne de colaborar para que, si es posible, tenga mayor trascendencia un acto de unión entre dos grandes pueblos, vengo aquí, por encargo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, á expresar la satisfacción que experimentamos viendo cómo la egregia Colonia Francesa pone hoy la primera piedra de un monumento ofrecido por ella, en homenaje al instante supremo en que la patria mexicana inició su nueva vida entre las naciones independientes.

Ese monumento, erigido aquí, en el desemboque de la gran línea férrea que más rápida que ninguna otra nos trae las ideas, los sentimientos, las palabras, los hombres de la gran República del Norte, hablará, á cuantos lleguen á las puertas de la Capital de nuestra México, de las excelencias del genio latino, les dirá el amor que la gloriosa Francia tiene por la joven patria hija de Hidalgo, les contará el de México por la inmortal Nación cuyos hijos representa admirablemente, con su ideal encendido en el cielo y con su devoción por la humanidad entera, el insigne Pasteur, y los saludará, en fin, con un doble saludo en el que palpita al propio tiempo el noble corazón del viejo pueblo cuya divisa es el lema de *libertad, igualdad, fraternidad*, y el del pueblo nuevo que ambiciona juntar en él las enseñanzas de todas las naciones, las cualidades de todos los países, y ponerles, no obstante, su característica especial, única y firme, siendo, así, análogo á la tierra en que habita, á esta tierra que junta geográficamente, por su misma estructura ístmica, las abiertas regiones del Norte con las abrasadas del Mediodía, y las soberanamente grandiosas aguas del inmenso Océano Pacífico con las ondas del Atlántico, cada vez más estrechas para la ambición de los hombres, pero que, al unir todos los climas y todos los productos, los modifica, no obstante, haciéndolos peculiares, genuinos, únicos.

Y difícil sería encontrar personalidad que más admirablemente que la de Pasteur representara al pueblo insigne cuya Colonia residente en México ofrece hoy á México el testimonio cordial de su amistad: en Pasteur, en efecto, aparecen sublimadas las cualidades francesas más altas: registrad, si no, la maravillosa historia de sus descubrimientos, que es la historia de su alma; los descubrimientos de un sabio son, en efecto, sus obras, y las obras de los hombres son su alma objetivada, entregada á los demás.

Aquel estudiante que todavía obscureo sintió una profunda emoción al ver cómo un rayo luminoso que pasa al través de un cristal de espato de Islandia se desdobra en otros dos rayos iguales; aquel adolescente que, sacudido por una admiración inquieta y honda, supo en seguida que, al poner otro cristal de espato sobre el camino de uno de los dos nuevos rayos luminosos, el segundo cristal puede apagar ese rayo luminoso, ó dejarlo pasar intacto, ó desdoblarse otra vez, según la orientación que se le dé; aquel maravillado analista que, con pasmo siempre creciente, se hizo cargo, en seguida, de que ese mismo rayo luminoso puede aún modificar su ruta, si entre el primero y el segundo cristal se interponen sustancias determinadas, de

modo que unas lo hacen girar hacia la derecha, y sólo allí dejan que lo apague el segundo cristal; otras, al contrario, lo hacen girar á la izquierda, y otras no lo perturban; aquel investigador lleno de entusiasmo demostró que tenía una suprema cualidad mental cuando, maravillado al saber que sustancias de la misma composición, de las mismas propiedades físicas y de la misma forma cristalina, podían, sin embargo, por causas desconocidas, hacer girar el rayo para apagarlo, ó serle totalmente indiferentes, no se contentó con aprender lo que otros habían aprendido; ni con distinguir en torno suyo las olas negras, espesas, informes, infinitas del mar de lo desconocido, de ese mar gigantesco en que las verdades descubiertas entrecortan la tiniebla con sus temblorosas fosforescencias, sino que se encaró con lo incomprendible, lo vió largamente, lo vió hondamente y adivinó, por una llamarada de genio, su secreto.

En el momento en que se dijo á sí mismo, con un supremo estremecimiento interior: yo arrancaré la palabra del enigma, caracterizó la firme voluntad que sería el cristalino eje de su vida; y en los instantes en que, á fuerza de medir con encarnizamiento los ángulos de cristales, en apariencia idénticos, vió lo que nadie había visto: que no eran idénticos, sino solamente simétricos á su imagen vista en un espejo; en los instantes en que pudo afirmar, con las pruebas por él hechas, que eran esos cristales como las dos manos del hombre, simétricas á su imagen, pero no iguales, puso de manifiesto la maravillosa perspicacia á la que debió parte inmensa de su éxito.

Pero ¿por qué sólo eran simétricos á su imagen y no simétricos molecularmente, en sí mismos, los cuerpos que hacían girar, cada uno de un modo diverso, al rayo luminoso desdoblado por un cristal de espato de Islandia? El genio de Pasteur había ascendido los primeros peldaños de la escala y tenía que seguir subiendo los más altos.

El admirable investigador volvió otra vez á encararse con el misterio, á experimentar el inexpresable temblor que sacude el alma cuando se perfila en torno la sombría inmensidad del infinito, cortada por estupendos cabrilleos de luces insólitas, y en un vuelo, sin poner ya los pies en la escala, sumergido de un golpe en la eterna tiniebla, que para el vidente es la eterna luz, se dijo á sí mismo: lo que causa la disimetría molecular de cuerpos en apariencia iguales, de cuerpos simétricos á sus imágenes, de cuerpos semejantes á las dos manos del hombre, simétricos á sus reflejos, es la intervención, no sospechada en esos cuerpos, de seres vivos; los cuerpos de la naturaleza mineral son totalmente simétricos, en tanto que las sustancias elaboradas por los seres vivos tienen constitución molecular no simétrica.

El alma de Pasteur había partido, así, en seguimiento de un rayo de luz, al través de cristales, en medio del mundo inorgánico, y adivinaba que alguno de los misteriosos desvíos de ese rayo de luz era probablemente debido á la intervención de un ser vivo, inimaginado.

Cómo encontrar á ese ser vivo, á ese ser misterioso, á ese ser acaso inescrutablemente pequeño?

El admirable sabio emprendió entonces la larga peregrinación que hizo al través del mundo extraño, multicoloro y pululante de los fermentos; se convenció de que éstos se producen por el desenvolvimiento de seres específicos; y, lo mismo que ocurrió toda su vida, no se detuvo en ningún paradero de su ruta: inquirió otra vez de dónde venían esos seres, y, contra los conspicuos investigadores, sostuvo, demostró que no se producían, como lo afirmaba el famoso

Liebig, por generación espontánea; maravillado, vió él mismo, en lo invisible, en la diáfana transparencia del aire, é hizo ver á los demás, hizo ver á todos los innumerables gérmenes, impalpables, sutiles, poderosos, que en el aire se ciernen, que nos rodean, que en nuestro organismo penetran, que de nuestro ser se escapan y á nuestro interior vuelven. Les hizo caer en líquidos determinados, por él elegidos, y vió cómo, al caer allí, determinan las fermentaciones.

Estupenda odisea: no bastaba robarle su palabra al enigma: allí estaba, pululando, monstruoso, casi siempre invisible y al fin descubierto; desconcertantemente minúsculo, enloquecedoramente numeroso: era preciso apoderarse de él, aprisionarlo, domarlo; era sin duda el origen de incontables males; podía ser quizá, gobernado por el hombre, manantial de bienes.

Y el admirable investigador se puso en acecho: genialmente ideó aislar los gérmenes, cultivarlos en preparaciones específicas, alimentarlos; tras él y con él, una legión de sabios siguió su audaz empresa.

El egregio descubridor se apoderó primero de algunos de esos seres prodigios que viven en el aire, que sólo con aire viven; se apoderó luego de otros, que sin aire se desarrollan; los describió, analizó su vida, hizo patente su estupenda historia; ensayó luego los medios de destruirlos; los persiguió con la chispa que Prometeo arrancó en otro tiempo al cielo, con el fuego; descubrió el medio infalible de aniquilarlos.

No podía detenerse en su heroica empresa; en vano lo echaron por tierra, en vano lo agarraron enfermedades terribles. Parálitico, hemipléjico algún tiempo, conservó, sin embargo, hasta el fin, en todos los momentos, su alma entera; su voluntad tenaz; su maravilloso don de adivinar, de ver en las tinieblas, de ver donde no ven los ojos de los hombres, de mirar lo que sólo pueden ver los genios; su segura imaginación, multialada, como la de un poeta, como la de un vidente; su lógica implacable, y la prodigiosa sutileza de su experimentación, red de mallas articuladas y cambiantes, en que tantos fenómenos fueron cayendo aprisionados, y todos, todos sus dones.

Pero qué fué lo que quiso ver? Lo que quiso ver toda su vida, lo que vió constantemente, fué lo que su amor le enseñaba. Su amor á su patria encendió una llama en la obscuridad misteriosa, y por ese amor vió las vides, que decoraban las laderas, enfermas de mortales enfermedades, amarillar y languidecer y perecer, carcomidas por incomprendibles carcomas; vió á los ganados, orgullo de los pastores, riqueza de la Francia, morir diezmados por tremendas y contagiosas dolencias; vió á los gusanos de seda descomponerse, desaparecer y negar á la industria francesa sus dones generosos; vió al ave tutelar de la Francia, al gallo de la Galia, al victorioso y siempre alerta clarín del día, caer herido, plegar sus alas, víctima también de invisibles y misteriosos enemigos.

Y vió más todavía, porque su amor era más grande aún que su gran patria: vió á la humanidad toda, en todo el planeta, perseguida arteramente por innumerables, microscópicos y todopoderosos enemigos; vió cómo algunos de esos seres invisibles penetraban en el cuerpo de los perros, los amigos más fieles de los hombres, los más constantes, los más sufridos, y los enloquecían, y les hacían morir entre espumarajos y mordidas horribles, rabiosos; los hombres mismos, en seguida, mordidos por los perros, recibían los gérmenes oscuros, y morían devorándose, ó intentando devorar á los demás.

Todo lo venció su genio: descubrió muchos de los letales gérme-